

INTRODUCCIÓ A LA PSICOLOGIA.

Psicología

Lo inconsciente

José Töpf
Heberto A. Rojo

 *Deudaba*

Nos pareció importante mostrar los antecedentes de estos modos de pensar y las circunstancias culturales, sociopolíticas y científicas en que se originaron.

De entre ellas abordamos en particular las ideas básicas del psicoanálisis tal como fueron pensadas por su fundador, el médico vienés Sigmund Freud, de quien hemos querido mostrar el proceso de construcción de su teoría.

Pero también se han incluido otros modos de pensamiento psicoanalítico, continuadores o disidentes del cuerpo teórico troncal, entre ellos también las ideas formuladas por Enrique Pichón Rivière en nuestro medio, donde los desarrollos del psicoanálisis tienen particular relevancia.

Si bien el texto dista mucho de dar un panorama acabado de las actuales psicologías de lo inconsciente, es posible tener desde él una mirada abarcadora de la vastedad del tema. Sabemos que estamos en deuda con autores y escuelas relevantes que en esta edición no hemos incluido.

El lector se encontrará primero con una revisión de conceptos e ideas que consideramos básicos para un mejor entendimiento de la teoría psicoanalítica. A continuación se expone, en el texto del profesor Heberto Rojo, una sinopsis de la teoría psicoanalítica ajustada al pensamiento freudiano. Finalmente, describimos algunas otras formas de pensar *los psicoanálisis*, que, como podrá verse, son numerosos y diversos.

José Töpf

Parte I

Psicologías de lo inconsciente Orígenes y conceptos básicos

José Töpf

El *status* de lo inconsciente

Contra lo que suele suponerse, los aspectos inconscientes del psiquismo no son temas que sólo en este último siglo comenzaron a cobrar interés para el pensamiento humano. Desde muy antiguo, filósofos, sacerdotes, teólogos, médicos, pensadores y estudiosos de todas las culturas quisieron conocer acerca de la naturaleza humana, por qué somos como somos, a qué se deben nuestras semejanzas y nuestras diversidades. O sea, por qué hacemos lo que hacemos, qué es lo que motiva nuestra conducta.

Las explicaciones fueron de naturaleza diversa, ya teológicas, ya naturalistas, pero siempre han considerado al ser humano como una totalidad viviente, lo que significa también indisolublemente vinculado a su entorno y a los otros. Del mismo modo, ese misterio que es su actividad anímica –o psíquica, diríamos ahora–, la posibilidad de percibir, de soñar, de pensar, de hablar,

también fueron pensadas como totalidades, cuyo origen y naturaleza había que descifrar.

En las culturas antiguas, los fenómenos que hoy clasificamos como conscientes e inconscientes merecieron tratamientos idénticos. Tan atendible era una imagen percibida como una imagen soñada. Tan valioso era conocer por intuición como conocer por razonamiento.

Es en los siglos siguientes, y en nuestra civilización de Occidente, donde se empezó a asignar tan poderosa importancia a la Razón, a la Conciencia, y por ende a la Voluntad. Si bien en la Antigüedad Clásica, en Grecia y su zona de influencia, se desarrollaron de modo muy importante las matemáticas y el filosofar racionalista, ello no lo fue a expensas de otras capacidades del psiquismo. Dicen que Platón escribió sobre el portal de su Academia: "Lugar del Saber. No entre aquí quien no se interese por las Matemáticas y la Música". Ambas eran consideradas formas del saber.

El racionalismo

Pero paulatinamente en Occidente fue creciendo la valoración por la Razón como forma más acabada del conocer. Incluso en el terreno de lo religioso prosperaron las posiciones de quienes entendieron que el camino hacia Dios transita tanto o más por el intelecto que por la fe. Piénsese por ejemplo en Santo Tomás, Descartes, Spinoza, o el movimiento de la Reforma y su convicción de que las Escrituras debían ser leídas y comprendidas por cada creyente. El Renacimiento —entiéndase,

renacimiento de lo griego— afianzó más aún esta tendencia de la cultura de Occidente, de la que es heredero el positivismo lógico de principios del siglo veinte.

Por cierto que en gran medida se debe a esta tendencia el desarrollo de las ciencias modernas, de la tecnología y de la investigación científica. Pero también se le debe una visión limitada, parcial, y por lo tanto errónea, acerca de la naturaleza humana.

La Psicología, ciencia relativamente reciente, se consolida como tal precisamente en el marco de estos principios racionalistas. Supone que en lo psíquico humano lo esencial es la capacidad de comprensión intelectual de los hechos y la capacidad de gobernar las propias acciones. Es decir, la Conciencia y la Voluntad. Las demás capacidades, que se consideran compartidas con otras especies inferiores, se las supuso no exponenciales de la condición humana.

Lo que en un principio fue señalar cuáles eran las características específicamente humanas, pronto pasó a ser la definición del objeto de estudio de la Psicología, y más tarde ya no sólo el modo de definir el objeto de una ciencia, sino una opinión acerca de la naturaleza humana misma. El Hombre, que alguna vez se había definido como el rey de la Creación, pasó a pensarse como la cúspide racional de la Evolución.

Razones había para ello, no sólo naturalistas. El desarrollo de las ciencias permitió conocer acerca del universo, de los seres y de las cosas. El enorme desarrollo tecnológico permitió construir maquinarias —aparatos de ingeniería— que aceleraron y a veces mejoraron lo que hasta entonces dependía sólo de la capacidad del trabajo humano. La industrialización resultante llevó a una mayor concentración poblacional, y a una muy

importante concentración económica. Crecieron las ciudades, creció la producción de bienes y la acumulación de la riqueza, y crecieron también las posibilidades de desarrollar el pensamiento, las artes y las ciencias. Hubo quienes bautizaron a esta época gloriosa europea, que va de la segunda mitad del siglo XIX a las primeras décadas del siglo XX, como el Segundo Renacimiento. También crecieron la inequidad, la codicia, el desprecio por el semejante, y así fue como lo que se supuso la época del mayor desarrollo humano fue también la de su mayor ignominia.

Pero mientras tanto, un presente exitoso hacía suponer cercano el dominio del hombre sobre la naturaleza y sobre sí mismo, cercana también su posible perfección, la que habría que acelerar, ciencia y tecnología mediante. Se entenderá entonces por qué prosperó tan intensamente la banal arrogancia de pensarse como el Ser de la Razón y de la Voluntad. Y se entenderá también el porqué de su desesperación ante la dramática caída en las guerras y horrores de los años siguientes.

El creciente aumento de las penurias personales y de los problemas sociales fue haciendo evidente la incapacidad de la psicología académica para hallarles solución, lo que impulsó la búsqueda de otras explicaciones posibles. Por ejemplo, el papel que pudiera jugar el psiquismo inconsciente en la determinación de la conducta humana, idea en fuerte oposición a la psicología hegemónica de ese entonces. Así es como en esa transición del siglo XIX al siglo XX puede observarse un hecho en cierto modo absurdo: científicos que necesitan discutir con otros científicos, a veces acerbamente, acerca de si el psiquismo inconsciente existe o no existe, discusión que hubiese sido impensable siglos atrás. Como

si hoy en día alguien tuviese que discutir si la electricidad existe o no existe. Podemos no saber qué es, y de hecho no lo sabemos, pero no podemos poner en duda su existencia.

Presencia de lo Inconsciente

Sigmund Freud, el fundador del cuerpo teórico más vasto en el campo de las psicologías de lo inconsciente, fue quien con mayor claridad pedagógica escribió acerca de la presencia continuada de este modo de la actividad psíquica en todo comportamiento cotidiano. Tomó para ello el análisis del sentido de los sueños, los actos fallidos —o sea las conductas equivocadas—, los chistes o dichos de doble intención, y mostró cómo allí en el hablar y en el vivir cotidianos podía verse la existencia de los dos niveles de la actividad psíquica a los que nos venimos refiriendo, e incluso la fuerte prevalencia que lo inconsciente tiene en las conductas que analiza.

Este tema que acabamos de mencionar nos acarrea una primera dificultad. Como cronológicamente, según venimos diciendo, la Psicología que se ocupó de la Conciencia fue anterior y hegemónica, y luego, paulatinamente, ingresó el estudio de lo inconsciente, se corre el riesgo de suponer que el orden de aparición de los fenómenos en la naturaleza se corresponde con el orden del desarrollo de la ciencia psicológica, y confundirnos respecto de la extensión y de la importancia de lo inconsciente en la actividad psíquica humana. Conviene entonces aclarar que la mayor parte de la actividad psíquica humana es inconsciente, como lo es la actividad psíquica de otras especies, hasta donde podemos saber de

ello. Y está muy bien que así sea, porque de lo contrario nos sería imposible una adecuada coordinación y ejecución de nuestros actos. Luego, además de esta actividad inconsciente, el hombre adquiere capacidad de reflexión, de objetivarse, es decir, de tener conciencia de sí. Esta actividad consciente aparece tardíamente en el desarrollo de la especie y del individuo, y abarca una pequeña parte de nuestra actividad psíquica cotidiana.

Puede que esta afirmación sorprenda, porque nuestra cultura continúa impregnada de fervor racionalista. Sin advertirlo, participamos del supuesto de ser sólo seres de Conciencia. Por más que se escriba y se lea sobre el tema, finalmente es habitual escuchar cosas del tipo "...yo no lo hice, o lo habré hecho inconscientemente", donde subyace la antigua convicción de que somos sólo nuestra conciencia, y como si lo nuestro inconsciente no fuésemos nosotros. Por ende, también seríamos sólo responsables de lo que racionalmente queremos, y no de la totalidad de lo que somos y de lo que hacemos, y de lo inconscientemente deseado.

Modos de entender lo inconsciente

Repetidas veces hemos mencionado el vocablo inconsciente, por lo que ya es tiempo de hacer algún comentario sobre los dos sentidos en que suele usarse. En primera instancia, inconsciente y consciente equivalen a decir desconocido y conocido. Este modo de usar los vocablos hace referencia a lo que podría llamarse la cualidad de la representación psíquica. Es el modo como lo usan muy diversas escuelas de psicología. Por ejemplo, puede hablarse de inconsciente cognitivo, en el marco

de las Psicologías Cognitivas, para referirnos a los procesos del conocer –percibir, pensar, recordar– de los que la persona no es consciente. Pero en las psicologías cuyo objeto es particularmente el problema de lo inconsciente, como son las diversas psicologías psicoanalíticas y sus derivados, además de este modo cualitativo se postula la existencia de un inconsciente sustantivo, es decir, un espacio psíquico inconsciente construido a partir de sucesivos procesos de represión. ¿Represión de qué? De experiencias que fueron fugazmente conscientes, produjeron dolor y fueron reconvertidas en inconscientes. Es lo que se suele llamar el *inconsciente reprimido o construido*, concepto fundamental en las teorías psicoanalíticas freudianas. Este es tema que se verá en particular más adelante, aquí sólo quisimos puntualizar los dos modos de entender el vocablo inconsciente.

Dos hipótesis básicas del psicoanálisis

Doce años después de que Freud iniciara sus primeros trabajos en el campo de la clínica de las perturbaciones mentales y sus consiguientes intentos de explicación de la dinámica de los procesos psíquicos, tanto patológicos como normales, decide llamar a este cuerpo teórico con el nombre de Psicoanálisis. El mismo tuvo un desarrollo importantísimo a lo largo del siglo XX en algunos centros psicológicos de Europa, los Estados Unidos y en particular en nuestro país. Actualmente, las diversas escuelas y corrientes a las que dio lugar disputan espacios hegemónicos.

Como en toda teoría, en el Psicoanálisis freudiano hallamos hipótesis fuertes e hipótesis secundarias. La existencia simultánea de actividad psíquica consciente e inconsciente, así como la noción de la existencia de un espacio psíquico inconsciente producto de la represión, forma parte de la hipótesis central de la teoría, unánimemente

aceptada por las diversas corrientes psicoanalíticas. La hipótesis acerca de la sexualidad como elemento motor de la actividad psíquica constituye su hipótesis secundaria. Aceptada por todas las corrientes actuales que continúan el pensamiento de Freud, no lo es por otras corrientes que precisamente en este punto se le han opuesto.

Para un mayor entendimiento de estas ideas, que más adelante se exponen, haremos algunos comentarios que nos acercarán a las circunstancias en que se fueron gestando.

Lo inconsciente

Hemos dicho en un inicio que lo inconsciente como cualidad de la actividad psíquica fue largamente conocido e implementado. Veamos algunos ejemplos. Informan las Escrituras que en tiempos bíblicos, José, vendido como esclavo por sus hermanos, llegó finalmente a convertirse en hombre de confianza del faraón egipcio. En su rol de lo que hoy en día llamaríamos un asesor de Estado y vidente, interpretó el enigma de aquel conocido sueño del monarca acerca de las siete vacas gordas y las siete vacas flacas. Y esta interpretación, que incluye fenómenos mentales que modernamente llamaríamos de precognición, permitió acopiar cereales durante esos años de bonanza y así evitar la hambruna por la sequía de los siete años siguientes. En la antigua Grecia existieron templos en los que los fieles dormían y soñaban, y estos sueños, relatados a los sacerdotes, eran interpretados como preanuncios de acontecimientos a los que habría de ajustarse el vivir cotidiano. En la cultura maya, acá

en América, el diagnóstico de una enfermedad y las prescripciones para su cura se obtenían de la información dada por los sueños. Su peculiaridad inaudita es que los sueños a considerar no eran los del doliente sino los del sanador que había pasado la noche junto a él, y que la medicación así prescrita la injería el sanador que había diagnosticado la enfermedad y no el enfermo que la padecía, y al parecer con evidente beneficio para el enfermo. Las actuales y en cierto modo atrevidas consideraciones de la psicología transpersonal todavía están a bastante distancia de poder explicar estos fenómenos. Laín Entralgo, en *La Curación por la palabra en la Antigüedad Clásica*, hace un minucioso análisis de los modos de intervención psíquica en los tiempos homéricos, a través de ensalmos, cánticos e impetraciones. Los textos informan de quienes, ya sea en la antigüedad o en la Edad Media, poseyeron *don de lenguas*, una forma de comunicación de inconsciente a inconsciente a través de la salmodia de textos bíblicos hasta perderse su sentido literal.

En tiempos recientes lo inconsciente, presente como dijimos en cada momento de nuestra existencia, fue ocultándose al intelecto de quienes quisieron entender los fenómenos psíquicos. De todos modos se hallaba presente de modo evidentemente llamativo en algunas experiencias cotidianas. Por ejemplo, en la cultura europea del siglo XIX, fueron frecuentes los espectáculos de hipnosis colectiva. Una suerte de espectáculo circense que constituyó un modo de recreación durante décadas. Conviene detenernos un poco en este tema de la hipnosis, ya que está en el origen de las teorías que aquí nos ocupan: a una persona en estado de trance hipnótico se le da la orden de que al despertar hará algo determinado, y

que a la vez olvidará esta orden. Si esta persona efectivamente realiza luego el comportamiento que se le indicó y, preguntado acerca de sus motivos, nos da explicaciones que, aunque coherentes, no recuerdan la orden recibida, cabe entender que dicha orden, si bien no está en su conciencia, sí lo está en algún lugar de su psiquismo y desde allí opera con eficacia.

Si no fuera por la obstinación que todos tenemos de perdurar en los modos de concebir la realidad que nos son habituales, no habría necesidad de mayores explicaciones para aceptar la existencia de una modalidad inconsciente del psiquismo, y por lo tanto de motivaciones que son capaces de determinar formas complejas de comportamientos sin que tengamos conciencia de ello. Pero no fue fácil instalar esta idea en la psicología de la época.

Luego, dado el énfasis en la primacía de los aspectos conscientes del psiquismo, a este espacio subyacente se lo denominó *subconsciente*, o sea aquello que está por debajo de la conciencia, y así se lo conoció largamente, no sólo en la medicina psiquiátrica sino en el campo de la literatura, del cine y aún perdura y en las concepciones populares.

Otros acontecimientos, provenientes éstos del campo psiquiátrico, aportaron observaciones que hicieron más verosímil la suposición de aspectos inconscientes en el comportamiento humano.

Digamos antes que toda cultura, según sus circunstancias históricas, tiene un determinado modo de ser, y según ello construye sus modos de relación interpersonal, sus modos de vinculación familiar, su arte, y sus estilos de recreación y también sus enfermedades. Queremos decir que cada sociedad enferma así como vive. Por ejemplo, en

los tiempos actuales y en nuestro medio, altamente competitivo, los modos de ser valorados como deseables son los que implican capacidad de uso de la agresión, bloqueo de los afectos y disminución del autocontrol moral. Entonces, no es de sorprender que nuestros modos de enfermar sean los que tienen que ver con la agresividad —las depresiones, la violencia y el suicidio— y también con las *psicopatías*, patología mental que lleva a su forma extrema el desinterés por el prójimo y la ausencia de conciencia moral.

Los “estilos histéricos”

Si la sociedad europea del siglo XIX establecía una fuerte separación entre lo público y lo privado, así como modos exaltados en sus formas de recreación —recorde mos las hipnosis colectivas, el uso habitual de antifaces, los bailes de salón con suspiros y desmayos— se entenderá entonces que los estilos habituales tuviesen que ver con los fenómenos psíquicos de disociación, o sea de escisión o división del psiquismo. Su modo de expresión patológica más frecuente fue por consiguiente la histeria, patología de la exaltación, de la disociación, del habitar espacios psíquicos separados. La literatura de la época recoge estos modos de ser. Dostoievsky, por ejemplo, escribe *El doble* y muchos otros autores dedican obras a los misterios del sonambulismo, los estados crepusculares, los estados de exaltación mística —como el de Raskolnikov en *Crimen y Castigo*—, lo que se llamó *estados segundos*, o sea de ensoñación, o ciertos estados de amnesia que pueden producir en quien la padece

una otra vida de la cual despierta meses o años después, o las crisis de *doble personalidad* de las que no se es consciente, o, como ya dijimos, las tendencias a la sugestión necesarias para la producción de fenómenos de hipnosis colectiva.

Sobre estas bases se va instalando la paulatina convicción acerca de la existencia de fenómenos psíquicos inconscientes y su probable relación en el origen, la etiología, de las afecciones psíquicas. Diversos estudiosos del tema se fueron acercando a esta convicción, aunque fue Herbart quien más tempranamente concibió la noción de inconsciente, e incluso la noción de represión, cercanas a lo que el psicoanálisis teorizó luego al respecto.

Pero cupo a Sigmund Freud y a sus co-pensadores el mérito de haber sabido sintetizar el pensamiento psicológico de la época y avanzar hacia la construcción de un cuerpo teórico específicamente volcado a desentrañar el papel de lo inconsciente en la construcción del sujeto humano, así como comprender sus complejas motivaciones, cuya exposición detallada puede leerse más adelante.

La noción freudiana de inconsciente, se verá en detalle, es la de suponer no sólo una cualidad de la actividad psíquica, sino que en gran medida lo inconsciente está constituido por representaciones que fueron fugazmente conscientes, y que, al ser desestructuradoras del equilibrio psíquico, siempre lábil, necesitaron ocultarse a la conciencia por medio del mecanismo de la represión.

La sexualidad

Del mismo modo como hemos señalado la relación entre estilos culturales y conceptos explicativos de las ciencias, cabe detenernos también en las circunstancias

sociohistóricas que llevaron a la centración en el tema de la sexualidad para entender el porqué de su fuerte pregnancia en los sistemas teóricos de esta época.

Dijimos ya acerca del desarrollo industrial en la Europa de la última mitad del siglo XIX y principios del XX. También de su efecto inmediato que es la acumulación de capitales y la concomitante producción masiva de bienes de consumo. Súbitamente la mano de obra industrial resulta escasa, y en el afán de aumentarla y a la vez de abaratarla se motiva a la población femenina a ingresar como operarias en las fábricas. Este hecho aparentemente carente de vinculación con lo que aquí nos ocupa tiene un papel predominante en los movimientos políticos, culturales, sociológicos y también psicológicos.

Si las mujeres se alejan de las tareas domésticas de sus casas, y eventualmente del trabajo para otros en sus casas —como costureras por ejemplo— e ingresan en las fábricas, los estilos de convivencia y los sistemas de valores se modifican intensamente. Se establece una nueva relación entre lo público y lo privado y entre lo femenino y lo masculino. Realizar el mismo trabajo que los hombres y en su mismo espacio laboral hace repensar a hombres y mujeres acerca de sus capacidades, derechos y obligaciones, incluso de modos contradictorios con los postulados culturales, religiosos e ideológicos hasta entonces sostenidos. Por ejemplo, en un inicio las mujeres no fueron aceptadas como pares en los sindicatos obreros y por supuesto esto dio lugar a la creación de organizaciones gremiales femeninas. El actual lema “a igual trabajo igual salario” es un anhelo que tiene su origen en esta época que estamos describiendo y no precisamente en los sindicatos masculinos. Estas transformaciones se dan no sólo en el terreno laboral, sino en todos

los otros ámbitos de la cultura. Cada vez son más las mujeres que desarrollan un alto grado de militancia política, y también son más las mujeres que quiebran hábitos consuetudinarios, y por ejemplo, fuerzan su ingreso en las universidades, aunque sea aceptando vestir indumentaria masculina. Como ilustración de las contradicciones que son inherentes a todo ser humano y de cómo nuestras opiniones son tributarias del medio circundante, digamos aquí que Freud mismo nunca creyó que esta paridad fuese posible.

Semejante modificación en el status social femenino necesariamente acarrea derivados en otros campos. El mito de la inferioridad somática e intelectual de la mujer tiende a sucumbir. Es así como en las calles de las grandes capitales europeas comienza a discutirse, a veces entre golpes de bastones y de sombrillas, acerca del derecho femenino a intervenir en los sufragios, y en los hogares de esas mismas capitales se discute acerca de cuestiones tales como el manejo del dinero cotidiano, el derecho a la autonomía de opinión, la decisión de tener o no tener más hijos o de discernir las hijas con quién habrán de casarse.

Naturalmente, esta creciente homologación entre personas de uno u otro sexo conlleva preguntarse, al principio tímidamente, acerca de cuestiones más pudorosas, como ser si el derecho a una sexualidad gozosa es sólo privativo de los hombres, por lo general por fuera de su convivencia matrimonial, o es tema que concierne a ambos cónyuges.

Simultáneamente las ciencias biológicas continúan su desarrollo, y la fisiología, la endocrinología y los hallazgos en el campo de la anatomía comparada van instalando en el seno de la cultura opiniones que avalan

esta lucha por la igualdad jurídica y la igualdad de aspiraciones. También aportan el tema de la sexualidad como tema de su tiempo. Ideas y experiencias que hasta entonces eran privativas del confesionario, de la conversación privada o del consultorio médico, pasan a poder leerse en textos que llevan a la faz pública los aspectos sexuales del comportamiento humano, hasta entonces públicamente callados o sólo dichos en latín.

De esta época son los tratados sobre sexología de Steckel, numerosos textos de divulgación acerca de la vida sexual conyugal y de la importancia del orgasmo femenino, como es *El Matrimonio Perfecto* de Van de Velde, o los trabajos de extensión médica en este campo, como el *Don Juan* de Gregorio de Maraón.

Para poder tener una idea de la importancia que el tema de la sexualidad revestía en la Europa de principios de siglo, basta recordar que todos los grandes movimientos revolucionarios de la época enarbolaron simultáneamente consignas referidas a una más justa distribución de la riqueza y al derecho a un más libre ejercicio de la sexualidad. La revolución bolchevique de 1917, y antes la de 1905, junto a sus reclamos laborales sostienen también el derecho al amor libre, y si bien esta última petición, una vez triunfante, fue aminorada, nos resulta ilustrativa respecto de la presencia de lo sexual, o lo que hoy en día llamaríamos cuestiones de género, en este inicio del siglo veinte.

Sexualidad y patología psíquica

Por lo que venimos diciendo, no es de extrañar que en la mente de quienes se preocuparon por la génesis

del sufrimiento psíquico, cuyas causas eran motivo de todo tipo de conjeturas, hubiese habido una fuerte tendencia a concederle a las experiencias sexuales un papel central en la producción de estos trastornos psicológicos.

No está de más recordar que esta asociación proviene de antiguo. La relación entre sexualidad y muerte se halla inscripta incluso en antiguas prácticas religiosas. Y la relación entre sexualidad y estados de éxtasis místico, prácticas religiosas, creación artística y también estados de enajenación o de locura fue tema de los tiempos antiguos, de la Edad Media, y de las opiniones médicas de todos los tiempos. Sirva como ejemplo que la denominación de *histeria*, antigua en la nomenclatura psiquiátrica, se origina en la creencia griega de que el *hysteros*, o sea el útero, era presumiblemente un órgano móvil, que al ascender produce interrupción de la circulación sanguínea, con sensaciones de ahogo, de desmayo, y alteración de las capacidades mentales, y que al descender provoca pérdida de sangre.

La moderna psiquiatría de principios del siglo XX recoge esta tradición acerca de la relación entre sexualidad y aflicción mental, cotidianamente expresada también en las creencias o sabidurías populares. Si bien no se lo explicita oficialmente en los ambientes académicos, la relación entre alteraciones mentales, estados crepusculares y déficit en el ejercicio de la sexualidad es convicción presente en su práctica cotidiana.

Quien tiempo después fundaría un grupo de trabajo científico sobre estos temas, Sigmund Freud, declaró, al regreso de una visitancia a la clínica Salpêtrière junto al prestigioso psiquiatra francés Charcot, que estas opiniones no escritas pero sí dichas eran frecuentes entre sus colegas.

Las cavilaciones acerca de estos temas lo llevó a escribir, a su regreso a Viena, un trabajo acerca de la *histeria masculina*, que por supuesto desencadenó escándalo y rechazo en su entorno. Lo curioso es que Freud, que fue hombre de costumbres personales y de posiciones ideológicas convencionales,¹ llevara su lealtad a lo que consideraba cierto como para soportar una crítica despiadada a sus ideas, que muchos tildaron de sexualmente perversas.

Sobre la base de estas convicciones, cuando buscó la explicación del origen de las patologías mentales en algún acontecimiento traumático de la infancia, supuso en un principio que ese acontecimiento necesariamente habría sido de naturaleza sexual. Luego, abandonada esta suposición, y modificado el concepto de sexualidad ya no como actividad sólo genital, sino como fuerza que sostiene el vivir, quedó inscripta en la teoría esta impronta de la cultura en que tuvo su origen.

Este postulado, sostenido con convicción por el creador del psicoanálisis, no fue unánimemente aceptado por quienes constituían su grupo de trabajo y dio origen, como veremos, al alejamiento de Breuer y luego a las primeras escisiones, las de Adler y Jung.

Más allá de lo que hoy en día podamos compartir o disentir con el peso que la sexualidad tiene en el cuerpo teórico del psicoanálisis, lo que aquí venimos exponiendo nos puede explicar algunas raíces de la íntima convicción de Freud acerca de su función motivadora de toda conducta.

1. El joven Freud, cuando creyó haber comprobado el origen sexual de las neurosis, escribió a su prometida, con entusiasmo: "...puedo afirmar que he develado el tema de la neurosis, cuyo origen es tal, que sólo cuando seas mi esposa podré revelártelo".

Hacia un modelo de la actividad psíquica

Sobre la base de las experiencias hipnóticas se afianzó la idea de la existencia de representaciones inconscientes en el psiquismo, producto de prohibiciones expresamente vertidas como en la hipnosis, o de mecanismos de represión, como forma de retirar de la conciencia experiencias dolorosas, pero que siguen siendo eficaces, o sea actuantes en el comportamiento cotidiano.

¿Qué queremos decir con que son eficaces? Lo diremos con un ejemplo. A muchos no sucede que para conciliar el sueño necesitamos estar tapados. Y si hace calor nos tapamos con sólo una sábana, pero no dejamos de hacerlo. Si no lo podemos hacer estamos inquietos, nos cuesta dormirnos. Estar tapados no brinda seguridad. Si alguien quisiese convencernos de que la sábana no es protección eficaz para un asaltante nocturno, y menos aún para los fantasmas, que suelen ser expertos en sábanas, estaríamos en un todo de acuerdo, pero no dejaríamos

de sentir inquietud por no estar tapados. Pues bien, al afirmar que las representaciones inconscientes son eficaces, queremos decir que actúan sin que sepamos de ellas, y a despecho de nuestras propias opiniones conscientes. La teoría quiere, y a veces es así, que sólo cuando puede disiparse el significado oculto, reprimido, del acto de taparse es que esa conducta se vuelve innecesaria. En este caso el resultado sería banal, pero hay veces en que cosas de esta naturaleza hacen de la vida un suplicio.

Freud fue construyendo su teoría psicológica acerca del comportamiento general de las personas sobre la base de su actividad clínica con personas con afecciones psicopatológicas, de modo que su preocupación por el tema de lo inconsciente reprimido se originó primero en el propósito terapéutico de liberar a sus pacientes de dolencias cuyo origen parecía no tener explicación. En esta línea, si cada dolencia ha de tener una causa, ¿qué experiencias habrán desencadenado en ellos síntomas tales como por ejemplo la parálisis de un brazo sin que hubiese afección neurológica de por medio?

Hemos visto que la idea de la sexualidad estaba muy presente en la cultura y en los escritos científicos de la época. Es natural entonces que se haya supuesto como etiología, como causa, del sufrimiento neurótico algún tipo de experiencia traumática de naturaleza sexual en la infancia.

La tradición psicológica racionalista, que se hallaba muy presente en su pensamiento, le dio la convicción de que si estos acontecimientos pudiesen sortear la represión y pasar al dominio de la conciencia y ser aceptados por ella, éste sería el modo como la persona podría liberarse de sus síntomas.

De manera que los primeros tratamientos se centraron en procurar suficiente distensión y confianza como

para que el doliente pudiera internarse en la recordación de aquellos sucesos traumáticos iniciales. Por cierto, esa recordación solía darse, con una frecuencia y una ineficacia que le hicieron pensar a Freud, que era terco pero sagaz, que su hipótesis debía adolecer de algún error.

Es así como reflexiona sobre la verdadera importancia que puede tener el recordar como actividad ideativa, y entiende que lo que podría liberar al doliente de sus síntomas no es la mera recordación, sino que ese recuerdo pueda darse con el dolor o el terror con que el hecho recordado se habría producido. Y efectivamente, las personas en tratamiento padecieron intensamente en sus sesiones las penurias que sus recuerdos evocaban. Llamó a esto *abreacción*, o sea reacción exaltada, y al proceso de descarga emocional, siguiendo la tradición griega, *catarsis*, o sea descarga, limpieza, purificación. Es importante señalar que con esta suposición Freud incluye, en una cultura psicológica centrada en la Razón y la Conciencia, la noción de que el mero recordar ideativo carece de eficacia, o sea la importancia de la participación emocional para el proceso de curación.

De todas maneras, los escasos logros lo llevan nuevamente a preguntarse acerca de la certeza de su suposición, y formula una idea pionera: la de que quizá los hechos recordados no sean en sí los hechos traumáticos responsables de la dolencia, sino recuerdos que están al servicio de encubrirlos, para evitar su emergencia dolorosa. Los llamó *recuerdos encubridores*, a los que habría que sortear para poder llegar a la verdadera situación traumática. Estos recuerdos encubridores serían una solución de compromiso entre la búsqueda de la cura y el dolor por recordar un sufrimiento intolerable. Supuso

que eran verdaderos, pues se está aún a mucha distancia de saber que se pueden recordar hechos nunca sucedidos.

Tiempo después conjetura la posibilidad de suponer una situación traumática no accidental y singular, sino común a toda la especie: el *trauma del nacimiento*. Con esta suposición Freud se aventura en resignar la hipótesis de situaciones traumáticas sexuales como origen de las patologías nerviosas, a la vez que se adelanta en décadas a las teorías acerca del nacimiento prematuro del ser humano, su indefensión originaria y la consiguiente *fetalización* de la especie. Estas ideas acerca del trauma del nacimiento las desarrolló luego Otto Rank, uno de sus discípulos más cercanos, que luego derivó en ser uno más de sus enconados disidentes.

Ahora bien, iniciado el camino de resignar la suposición de una situación traumática sexual en el origen de las neurosis, comienza a perfilarse la idea de que así como todo en la naturaleza se nutre de la contradicción, también la conducta humana, tanto la patológica como la normal, ha de ser producto del conflicto entre sistemas psíquicos contrapuestos. En este caso el sistema de la Conciencia, regido por el *Principio de Realidad*, y el sistema de lo Inconsciente, regido por el *Principio del Placer*. Este conflicto estructural, común a todo humano, en algunas personas y en algunas circunstancias puede ser entonces causante del enfermar.

¿Dónde se da esta lucha? Al interior de la persona. Y para indicar que en este nivel de análisis psicológico está hablando de la persona como totalidad, y no de algunos de sus órganos en particular, es que recurre a la geometría topológica para diseñar un posible modelo de funcionamiento de lo que, ahora sí, puede llamar *Aparato Psíquico*.

Esa doble y contradictoria legalidad que mencionamos es registrada por el sujeto humano como conflicto. El psiquismo se halla en equilibrio lábil, inestable, capaz de continua modificación. Esta modificación en busca de un nuevo equilibrio constituye lo que luego otros psicoanalistas llamaron la *Dinámica de la Conducta*, que es constante. Es el vivir.

Hemos mencionado el *Principio de Realidad*. ¿Qué se entiende acá por realidad? Es el aprendizaje y la sujeción a las nociones de Espacio y de Tiempo, y luego a la noción del Otro como un alguien diferenciado. ¿Qué se entiende en cambio por *Principio de Placer*? Para contestarlo conviene recordar que en todo lo viviente existe una relación, constante e inestable, entre su medio interno y el medio externo en que se encuentra. En el nivel de análisis biológico, este equilibrio se denomina *homeostasis*. En las formas más primitivas, esta homeostasis se produce por pasaje inmediato o casi inmediato de aquellas sustancias del medio externo que el medio interno necesita. Es decir, que apenas registrada la *necesidad*, la tensión que ello origina busca su distensión lo antes posible. En las estructuras más evolucionadas, puede tolerarse un tiempo de espera, y ello da lugar a respuestas más complejas y más adecuadas. En el nivel psíquico, lo inconsciente también busca una inmediata satisfacción ante cualquier necesidad. En las fantasías, las ensoñaciones o los sueños no es necesario esperar a que llegue el *Tiempo* y el *Espacio* adecuados para cada comportamiento. La fantasía de su realización se da de manera inmediata. A esto es que se llama Principio de Placer.

Quizá entonces quede mas claro a qué nos referimos con esta afirmación acerca de la "doble legalidad" del psiquismo, y del conflicto que le es inherente. El

sistema de lo inconsciente es anterior, por lo que se rige según los primeros estilos psíquicos. Aquellos que suponen que si cierro los ojos el mundo desaparece. Por ser primeros, a estos modos de actividad psíquica se los llama *Procesos Primarios*. El sistema de la conciencia es posterior, cuando ya lo experiencial nos enseña, chichones y llantos mediante, acerca de las propiedades de las cosas: que ocupan un espacio y se dan en un tiempo. Y que el mero deseo no basta para modificarlas. Como estos modos de actividad psíquica, dijimos, son posteriores en el desarrollo, se los llama *Procesos Secundarios*.

Digamos de paso que a las psicologías que explican el comportamiento por búsqueda de Placer, o sea por distensión, se las llama Psicologías Hedónicas. Asimismo, las psicologías que explican el comportamiento por búsqueda de metas (*hormé*), se las llama Psicologías Hórmicas. El Psicoanálisis participa de ambos modelos.

La noción de aparato psíquico

Hemos mencionado la importancia que el desarrollo industrial y tecnológico tuvo en el nacimiento de lo que se dio en llamar las ciencias modernas. Como sucede en toda circunstancia, los procesos culturales se hallan profundamente implicados con los procesos económicos y sociopolíticos. Es en ese entramado donde las teorizaciones acerca del hombre se hacen eco necesariamente de los estilos de la propia cultura y de los hallazgos contemporáneos en otros campos del conocimiento. Por ejemplo, algunas de las psicologías desarrolladas recientemente, en tiempos de las computadoras, utilizan el vocabulario y los modos de la informática para

describir el funcionamiento de la mente. En aquellas épocas en que se desarrolló la ingeniería y la construcción de aparatos para mejorar y hasta suplir el trabajo humano, las ciencias adoptaron la noción de "aparato" como recurso explicativo de lo que sucede en campos incluso muy disímiles, como es el de la fisiología, por ejemplo. De ahí que desde la escuela primaria escuchemos acerca de cosas tales como el "aparato digestivo", el "aparato circulatorio", el "aparato respiratorio", y así otros más. Está claro que estos aparatos son entidades virtuales que, aunque referidos a partes del cuerpo, no son las partes del cuerpo. Antes bien, son constructos teóricos que están en la mente de quien estudia o explica las respectivas funciones. Es la función la que determina el aparato, y no los órganos que se le adscriben. Basta con pensar que dichos órganos y demás partes que participan en la producción de una función son de naturaleza diversa: huesos, músculos, vísceras y muchos más, sin los cuales la función no se produciría. Pero también cabe tener presente que estos mismos huesos, músculos, vísceras, son parte constitutiva de otros "aparatos". Por ejemplo, ¿los pulmones pertenecen al aparato respiratorio, al aparato fonador, al aparato circulatorio? Pertenecen a todos ellos, precisamente porque su adscripción a un aparato o a otro depende de cómo el investigador teoriza acerca de la función del aparato y no de cuál es su estructura.

Los aparatos, está claro, tanto los de la ingeniería industrial como los que los rememoran en el estudio de los organismos, son una estructura o sistema complejo, constituido por partes. Estas partes, a la vez, se hallan en interacción dinámica entre sí, o sea que son capaces de movimiento para producir algo, y necesitan, por supuesto, de una energía que las impulse.

Pronto, al adentrarnos en el estudio de las psicologías de lo inconsciente, nos vamos a topar con la denominación de *aparato psíquico*. Pues bien, es necesario entenderla cual si se dijese, en épocas en que la fisiología inaugura la noción de aparatos responsables de las funciones del organismo, que así como imaginamos aparatos para respirar o aparatos para digerir, bien podemos imaginar un aparato que sirva para pensar pensamientos, para sentir sentimientos, para decidir decisiones, y que funciona en dos registros simultáneos que necesita regular, el de lo consciente y el de lo inconsciente, y cuya energía se acuerda en llamar *libido*.

Y al igual que los otros, éste es también un aparato virtual, pues si bien la actividad psíquica requiere del sistema nervioso, fibras, médula, cerebelo, cerebro, no se limita a él. Porque, como vimos, la función sobrepasa la actividad de los órganos comprometidos en ella. Es la totalidad de la persona la que produce la función. Incluso, participan de ella acontecimientos que están más allá de los límites corporales de la persona, por ejemplo en su ámbito psicosocial.

Freud escribe al respecto que se trataría de algo semejante a explicar la función óptica de un microscopio sin detenerse ni en sus lentes, ni en su espejo, ni en el cilindro que los sostiene, sino en lo que sucede al interior del sistema.

Está claro entonces que no se trata de negar la necesaria relación entre los órganos del sistema nervioso y la actividad psíquica, sino de referirnos a un nivel de acontecimientos que los sobrepasa. Este es precisamente el nivel de análisis de lo psicológico, que tiene su legalidad propia. Con ello queremos decir que los hechos psíquicos sólo pueden lograr plena explicación en su propio nivel de análisis. Reducir su comprensión a

las leyes del nivel neurofisiológico o extenderlos para la comprensión de acontecimientos de tipo sociológico, puede tener un valor de analogía pero nunca de comprensión cabal del problema.

A partir de aquí quizás se entienda mejor por qué en estas psicologías, así como más tarde en la Teoría del Campo de Kurt Lewin, se recurre a modelos explicativos tomados de la geometría topológica, una geometría no euclidiana que no se ocupa de mediciones sino de espacios, lugares, y de las relaciones entre lugares. Más adelante habrá de verse que la noción de aparato psíquico recurre para su inteligencia a una figura que diferencia un adentro de un afuera. Y que en ese adentro pueden señalarse sistemas o instancias y las relaciones entre ellos. Por basarse en la geometría topológica, a estos modelos se los llama Modelos Tópicos.

Finalmente, conviene señalar que aquí —al arribar a esta concepción acerca del funcionamiento del psiquismo como consecuencia del conflicto entre sistemas opuestos, y la libido como su fuerza generadora— es donde definitivamente Freud modifica su concepción acerca de la importancia de lo sexual en el marco de su teoría, al renunciar a la suposición de una génesis de las dolencias psíquicas en una experiencia traumática sexual y trocar el concepto de sexualidad en principio referida a lo genital en su sentido ulterior de energía libidinal.

El pensamiento dialéctico

Como estamos viendo, y se podrá leer más adelante, el modelo de aparato psíquico que Freud describe en un principio, también denominado Primera Tópica,

presenta un esquema en el que aparecen dos sistemas contrapuestos: el de la Conciencia y el de lo Inconsciente. Pero inmediatamente nos aclara que en el sistema de la conciencia es necesario distinguir dos subsistemas: el de la conciencia propiamente dicha, o conciencia inmediata, y el del Preconsciente, o sea aquello que siendo de cualidad inconsciente en el momento presente es sin embargo el reservorio de información capaz de pasar fácilmente a la conciencia, evocados como recuerdos o enunciados como propósitos. Y agrega que la dinámica del comportamiento humano se da en el equilibrio de estos dos sistemas.

Podríamos preguntarnos por qué razón al formularse este modelo se recurrió a definir la existencia de dos sistemas y no de tres, cada uno con sus particularidades. Esta pregunta nos llevaría a ver que, por ejemplo, al formular su teoría de los instintos también recurre a la suposición de dos instintos básicos, contrapuestos. Años después, al convencerse de la existencia en todo lo vivo de una fuerza que impulsa a la quietud o a la muerte, considera necesario subsumir los dos instintos hasta ahí enunciados en uno solo, el instinto de Vida, al que se le opondría el instinto de Muerte.

¿Por qué? Es que el mundo científico había sido impactado por las ideas de Hegel acerca de la Dialéctica. Si bien este filósofo planteó la Dialéctica como un interjuego permanente entre tesis y antítesis para el entendimiento del devenir humano en su camino hacia Dios, la idea de fuerzas bipolares enfrentadas, que a su vez producen una síntesis entre ambas, la que luego se convierte en una nueva tesis para una nueva antítesis, es en la época de la que nos estamos ocupando un modo extendido de comprender la dinámica del

universo. Fue Engels quien, en su libro *Dialéctica de la Naturaleza*, trasladó este concepto a la comprensión materialista del devenir humano. Así también Marx funda sobre este concepto el modelo de lo que llamaría la dialéctica materialista, en el marco del *Materialismo Histórico*. Freud, como muchos científicos de su época, adhiere al concepto de interjuego dialéctico, y entiende los procesos psíquicos como producto del interjuego de fuerzas contrarias, en este caso los sistemas consciente e inconsciente.

Cuando leamos acerca del segundo modelo de aparato psíquico, o Segunda Tópica, producido veinte años después, veremos allí que el comportamiento humano ya no es explicado como producto de un conflicto bipolar sino como la resultante de un complejo interjuego de fuerzas en el campo psíquico. Y ello es así porque está instalándose un nuevo modelo explicativo: el de entender la realidad como constituida por estructuras complejas y su devenir como resolución de un campo de fuerzas.